



Los Domingos del Diario de Manila



EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MÓN
presunto presidente del actual Congreso de los Diputados.

24 MAYO 1896

NUM. 21

VINO DE PEPTONA

Pépsica
 de **CHAPOTEAUT**, Farmacéutico en París
La Peptona Chapoteaut es la única empleada por M. PASTEUR en su laboratorio.
Llevada por orden ministerial á bordo de los buques de la MARINA FRANCESA para nutrir los enfermos y los convalecientes.

La Peptona es el resultado de la digestión de la carne de vaca, digerida por la pepsina como por el estómago. Aliméntanse así los enfermos, los convalecientes y todas las personas acometidas de **anemia por estenuación, digestiones difíciles, asqueo de los alimentos, fiebres, diabetes, tisis, disenteria, tumores, cancer, enfermedades del hígado y del estómago.**

Deposito en las Farmacias de Filipinas

NUEVOS PERFUMES

DE **RIGAUD Y C^{ia}**
 Proveedores de la Real Casa de España
 8, rue Vivienne, PARIS

Recomendados por su suavidad, su delicadeza y su sello aristocrático.

- Graciosa.
- Lucrecia.
- Lilas blancas.
- Iris blanco.
- Rosina.
- Bouquet Royal.
- Violeta Blanca.
- Ascanio.
- Peau d'Espagne.
- Ylang Ylang.

Deposito en las Perfumerías de Filipinas

ELIXIR DIGESTIVO de PEPSINA

DE **GRIMAULT Y C^{ia}**

DELICIOSA preparación que suple en el hombre la falta de jugo gástrico, elemento indispensable de la digestión. Cura ó evita: *Malas digestiones, Nauseas y Acedias, Gastritis y Gastralgias, Jaqueca, Vómitos, Diarrea, Calambres de estómago, Embarazos gástricos, Enfermedades del hígado.* Combate los vómitos de las mujeres encinta y tonifica á los ancianos y á los convalecientes.

Deposito en las Farmacias de Filipinas

Desde 1896
 LOS EXCELENTES PRODUCTOS
 DE LA

Perfumería

Oriza

ORIZA-OIL
ESS-ORIZA
ORIZA-POWDER

serán ofrecidos al público bajo un nuevo aspecto. Esta modificación ha sido hecha con el objeto de permitir á los amadores y apasionados de la **PERFUMERIA ORIZA** reconocer los productos **LEGITIMOS.**

Otros anuncios dan en este periódico el fac simile de las nuevas cajas y frascos.

L. LEGRAND
 11, place de la Madeleine
PARIS

Mandase franqueado, á quien lo pida, el Catálogo ilustrado.

Aviso á las Madres de Familia

HARINA LACTEADA NESTLÉ es el alimento mejor para los niños de corta edad.
 es el alimento más completo, y se prepara solo con agua.
 es el alimento más seguro para facilitar el destete.
NESTLÉ es el solo alimento que todos los médicos recomiendan.
Exijase el nombre NESTLÉ sobre las cajas.

LECHE CONDENSADA NESTLÉ
 Verdadera Leche pura de Vacas suizas. Las más abundante en Crema.
 Exijase el « nido de pájaros » sobre todas las cajas.

Al por mayor: A. CHRISTEN, 16, Rue du Parc-Royal, PARIS.
 SE HALLA EN TODAS LAS FARMACIAS Y EN LOS GRANDES ESTABLECIMIENTOS DE ULTRAMARINOS

Se halla de venta en todas las buenas farmacias.

El VINO de Extracto de Hígado de Bacalao

PREPARADO POR EL

SEÑOR CHEVRIER

Farmacéutico de primera clase de PARIS
 posee á la vez los principios activos del aceite de **HÍGADO de BACALAO**, y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. — Produce un efecto notable en las personas, cuyo estómago no puede soportar las sustancias crasas. Este vino, así como el aceite de **HÍGADO de BACALAO**, es un poderoso remedio contra las enfermedades siguientes:

ESCRÓFULA, RAQUITISMO, ANEMIA, CLOROSIS, BRONQUITIS
 y en general contra todas las **ENFERMEDADES del PECHO.**

EXIJASE LA FIRMA: **CHEVRIER**

Depósitos en MANILA: JACOBO ZOBEL; TEODORO MEYER y C^a, y en todas las principales Farmacias.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
 MOVIDAS Á VAPOR Y SISTEMA CHARENTAIS

COGNACS SUPERFINOS

GARANTIZADOS PUROS DE VINO

JIMENEZ Y LAMOTHE
 MÁLAGA Y MANZANARES
 PROVEEDOR DE LA REAL CASA



MARCA REGISTRADA

En todos los A macenes, Tiendas y Cafes de España y Ultramar.

Falta de Fuerzas

ANEMIA-CLOROSIS
EL HIERRO BRAVAIS

Ensayado por los mejores médicos del mundo, para inmediatamente á la economía sin causar desórdenes. Reconstituye y vuelve á dar á la sangre el color y vigor necesarios. Mucho cuidado con las falsificaciones y numerosas imitaciones.

Exigir la firma R. BRAVAIS, impresa en rojo
 Deposito en la mayor parte de las farmacias
 Al por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

DIARIO DE MANILA

FUNDADO EN 1848

AÑO XLIX

DOMINGO, 24 DE MAYO DE 1896

NUM. 21



EXCMO. È ILMO. SR D. FR. BERNARDINO NOZALED A
Arzobispo de Manila.



(IMPRESION ESCRITA ANTES DE DORMIRLA)

DESPEINADA; vaporosa; muellemente tendida en el lecho; al lado la taza de café que excita la fantasía y evoca en el fondo de la imaginación los recuerdos ardorosos, los calenturientos deseos; los más hermosos y deslumbradores fingimientos; y la vista fija en un retrato, que lleva al corazón las más agradables emociones, y lo agita y lo conturba, transportándolo á un mundo de inexplicable angustia que se resuelve en la rabia y en la ira de la impotencia para cubrirlo y para expresarlo. Así, así me figuró yo siempre la siesta en estos países, sueño embriagador que oprime y ata con la cadena de la constumbre, de modo que diariamente llama á sus víctimas con mandato irresistible y las entrega en los brazos del ensueño y del delirio, de cuyas regiones no se vuelve sin fatiga del cuerpo, sin fuego en el cerebro, sin angustia en el pecho y sin pena en el alma.

No sé qué fenómenos fisiológicos serán los que produzcan esa ilusión embriagadora de los sentidos que llamamos *ensueño*; tal vez un médico, y un químico, y no sé si algún otro científico, tal vez, repito, me lo explicaran matemáticamente por estas y las otras reacciones, por aquellas y estotras influencias, por cualesquiera condiciones morbosas, etc., etc; pero creo firmemente, que los sueños perderían su encanto si se les privara de ese misterio peculiar que rodea su origen, su nacimiento, su determinación; si nos explicáramos claramente y por medio de razones físicas y químicas cómo del fondo del cerebro, cuando se aísla de sus relaciones reflejas con el mundo exterior, surge la imagen de un ser querido, y cómo los trazos confusos que delinearan la figura en los comienzos del sueño se concretan, se armonizan, y aparecen llenas de vida con todos los mágicos colores de la realidad las escenas, las palabras, aun los mismos anhelos del corazón, para, de modo inexplicable, irse borrando de la retina y tornando lenta ó bruscamente á sumergirse

en las tenebrosas simas del vacío, dejando al soñador en estado de ánimo semejante á aquél que entreviera las delicias del cielo y, ya éste á su alcance, le volvieran á lanzar á las turbulentas y cenagosas corrientes de la vida.

A veces, en el sueño las facultades intelectuales y muy especialmente la memoria, aumentan tan prodigiosamente que su alcance parecería increíble, si no estuviera una y mil veces demostrado. Del caos del olvido se levantan empolvadas memorias, sentidos afectos de otro tiempo, y parece como que resuenan en nuestros oídos dulcísimos sonos de voces amigas; y que se adelantan y nos sonríen ilusiones y entusiasmos de la adolescencia, y ciegan nuestros ojos ó los deslumbran oleadas de recuerdos agrupados entre centelleantes reflejos y oscuridades inusitadas, mientras airéan la fatigada imaginación fresquísimas brisas de la infancia y ardorosos torbellinos de la juventud, y brotan en la fantasía figuras que se desvanecen en sombras, y sombras que se condensan y truecan en figuras, hasta que se escapan por los solitarios dominios del tiempo y del alma, á donde no llega la fuerza vivificadora del recuerdo, y se aleja para discurrir silenciosas á través de los tiempos semejantes á esos astros sin calor y sin luz que, envueltos en heladas nieblas, desde siglos de siglos caminan como sombras á través de los espacios y á quienes por fugitivos instantes prestamos vida en fuerza de nuestra obsesionada fantasía.

Ha transcurrido el tiempo de la siesta; el espíritu comienza á desembarazarse de las sensaciones extrañas á la realidad; las soñadas ideas se tornan confusas, se entrelazan y huyen arrastrando en pos de sí las imágenes y los reflejos; se abren los ojos, una vaga sensación de extrañeza llega al ánimo y el embotamiento del sueño se traduce en intenso zumbido, como si un inmenso chorro de vapor, con presión de innumerables atmósferas, se escapase por oculta válvula y

martilleo de invisibles émbolos, comunicadores de la vida al organismo.

Ante los ojos, clavados en el vacío con estúpida fijeza, pasan velos y sombras que ora se agrupan dibujando caprichosas figuras ó formando un todo compacto, ora, al llamar la atención de la extraviada vista y del inconsciente espíritu, se dividen en sutiles hilos negros, que caracolean y se enredan como estrafalario encaje de mil formas en un solo momento.

Un esfuerzo: levantado; huyó también la pereza; sólo queda el ánimo cansado, el cuerpo lacio y mal-trecho. La imagen que simbolizaba la siesta, se torna en otra: de pie, desgreñada y con la ropa en desorden, se inclina hacia la cerradura de la puerta para

atisbar el exterior: vacila un momento, entorna los ojos, el sueño la llama otra vez, mas la energía se sobrepone y tras ataviarse de nuevo y arreglarse el tocado chirría la cerradura y se abre la puerta para dar paso á gentil doncella, sin duda alguna, para con nuevo ardor entregarse á las tareas cotidianas.



Manila, 23 de mayo de 1896.

GRANADA.

(Dibujos de V. Tur.)

RIMAS.

Voy contra mi interés á confesarlo;
pero yo, amada mía,
pienso, cual tú, que una oda solo es buena
de un billete del Banco al dorso escrita.
No faltará algún necio que al oírlo
se haga cruces y diga:
«mujer al fin del siglo diecinueve
material y prosáica...» ¡Bobería!
¡Voces que hacen correr cuatro poetas
que en invierno se embozan con la lira!
¡Ladridos de los perros á la lunar!
Tú sabes y yo sé que en esta vida,
con genio, es muy contado quien la escribe,
y con oro, cualquiera hace poesía.

Besa el aura, que gime blandamente,
las leves ondas que jugando riza;
el sol besa á la nube en Occidente
y de púrpura y oro la matiza;
la llama en derredor del tronco ardiente
por besar á otra llama se desliza,
y hasta el sauce, inclinándose á su peso,
al río que le besa vuelve un beso.

GUSTAVO A. BÉCQUER.

¡Á CÁDIZ!

(RECUERDOS DE ESPAÑA)

III

En el templo.—San Antonio.—La Giralda.—Triana.—Pan y toros.

La terminación de una calle me dí de manos á boca con la catedral. Entré en el grandioso monumento por la nave hundida, y allá en la colosal altura de las bóvedas pude contemplar el maderaje de las obras, que estarán concluidas, según me dijo un empleado, Dios sabe cuando. Un haz de sol penetraba por la unión del techo provisional que preserva de las lluvias aquella herejía, cortando las tinieblas con ancha faja de luz. Salí al patio y recorrí otras naves incomunicadas con la central por una valla de tablas. Huroneé un poco por la iglesia, medité un rato ante el sarcófago de los reyes y las yacentes esculturas de los obispos, contemplé en la capilla bautismal, y á malísima luz por cierto, el célebre San Antonio, de Murillo, y por fin, viéndome frente á una puertecilla de entrada á la torre, me lancé rampas arriba, subiéndome de un par de tirones las treinta y tantas de la Giralda.

Un tremendo campaneó, que estalló de pronto sobre mi cabeza como una tempestad de ruidos, me tuvo sordo y aturdido algunos minutos. Repuesto luego, me asomé á una ojiva por entre dos campanas, miré el pavimento de la plaza y sentí el vértigo de la altura. Los edificios vecinos parecían casitas de madera como los que tienen las cajas de juguetes, los transeúntes, liliputienses, los tranvías, caprichos de feria...

¡Oh, qué hermoso panorama! ¡Sevilla se tendía á mis piés!

Borrados algo los límites y las líneas, sin distinguir sino muy rara calle, porque la generalidad son demasiado estrechas y torcidas, sin otro color ante la vista que el blanco, el blanco interrumpido por tal cual azulada casa, sin más accidentes de elevación que la en que yo estaba, sin apenas un rojo ó verdinegro tejado entre tanta y tanta blanquísima azotea de igual altura, parecióme la ciudad un gigantesco montón de papeles rotos; algo así como si allí hubieran derramado sus canastillos de cartas rotas todos los comerciantes del mundo. La comparación podrá no ser poética, pero es exactísima, en cambio. Sí; el cuadro era espléndido, alegre, pero nada artístico. Mucha luz, mucho verdor en la dilatada campiña, donde todavía algunos chalets de recreo y algunas casitas de huertas continuaban pareciéndome pedazos del montón de papeles volados por el viento. El Guadalquivir, al otro lado de la Fábrica de Tabacos y del palacio de S. Telmo, entre un bosque de árboles en cuyos cimas aparecían los afilados palos de los buques con sus marañas de cuerdas, mostraba un corto trecho su cauce retorciéndose enseguida para perderse en los adelfales. A su orilla, á la derecha, abrábase la histórica Torre del Oro, y más allá era cortado por los graciosos arcos del Puente del Triana.

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!... Una oleada de melancolía sentí al asociar vuestros nombres, y un recuerdo al insigne Rafael Calvo fué el tributo que rendí á su memoria recordando su voz musical é inimitable cuando recitaba la cólebre tirada de versos del *Don Álvaro* que se precipitara en el cerebro, que sufre aturdido el rudo

empieza con ellos. ¡Sevilla! ¡Guadalquivir!... ¡Qué de cosas admirables habeis hecho sentir á la poesía! Perdonad; yo que sentí tambien vuestra fascinación, renuncio á expresarla. Me limito ahora á consignar impresiones, notas al vuelo.

Fué inútil que al campanero, nuevo Cuasimodo, si tan sordo si nó tan feo, preguntare si sabía dónde estuvo la *Venta de los gatos*; el sitio donde halló Bécquer un cementerio al otro año de haber retratado en él á una linda muchacha... El campanero no me oía; y eligiendo entre las diferentes cuerdas que convergían en su mano la de la campana gorda, asestó un badajazo con tanta furia que el ruido me trastornó, disipando las gratisimas ideas que Sevilla empezaba á evocarme. Cuasimodo disponíase á repicar. Yo, sin valor para ser víctima del estruendoso campanario, le abandoné precipitadamente.

Durante mi descenso hice una curiosa observación. Dos ó tres puertas entornadas en diferentes pisos permitiéronme notar que la Giralda, la gentil Giralda, es una colmena de zapateros. Mientras se sube ó se baja no se oye otro ruido (si las campanas, además, no aturden) que el martilleo de la suela. ¡Ved cómo en España la primera obra del arte encierra los últimos remendones del arte primal!

Cuando suban á la Giralda,
¡qué dirán los lores
luego de nosotros!

Tomé en la esquina de la calle Sierpes, donde empezaban á abrir los comercios y á correr los toldos, el pequeño tranvía de Triana. Corrí en él una porción de calles *de casas blancas*, que ostentaban la monotonía de lo alegre, monotonía, la mejor, si bien se mira, y allá estuve en el puente de hierro partiendo la atención entre la carga de los barcos en el muelle, cubierto de millares de montones de naranjas, la silba á un título, que llevaba un lacayo negro en su *char-á-bucs*, y las barbianas del barrio clásico del salero, que no cesaban de cruzar á mi lado dejándome los ojos cargados de luz y de sonrisas, y de aromas de sus rosas el olfato.

Alquilé un coche. ¡A la Macarena!... Otra vez la mujer del pueblo. La cigarrera. Pobre, fea quizá, pero peinada y llena de claveles y rosas la cabeza... ¡Flores por todas partes! ¡Viva Sevilla!

Conducido á un *restaurant* de la calle Sierpes, com de prisa, porque entre unas y otras daban las doce, y á las dos debía tomar el tren de Cádiz. Mis compañeros de mesa eran cinco toreros, entre ellos mi amigo el infortunado *Maoliyo, el Espartero*, que había de morir poco después en Madrid de una tremenda cornada, en la calle había un grupo de *acteur*, discutiendo a Mazzantini; los chicos pregonaban á grito herido *La Lidia* y *El tío Jindama*; los cuadros del comedor eran carteles de corridas, y los platos fuertes solomillo de *vaca* y chuletas de *ternera*. Pasé mi ración medianamente, *cité en corto* al mozo á recibir... la quinta, interponiéndose el capote de *Maoliyo*, que me evitó la embestida, y ¡adios, Sevilla!

FELIPE TRIGO.

Marzo del 96.

AVISOS PARA LA MUERTE

No justiciero cerréis
A mis voces los oídos,
Sino misericordioso
atended al llanto mio.

Justicia y misericordia
Dos atributos son dignos,
Que uno y otro en vos están,
Igualados, no excedidos.

Pues, ¿por qué habeis de mostraros
Riguroso, y no benigno,
Siendo rigor y piedad
En vos, Señor, uno mismo?

El castigo y el perdón
Una costa os han tenido;
Pues echad antes la mano
Al perdón, que no al castigo.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.

EN LA CUEVA DE LOS DUENDES

PERO Nuño de Garcí-Sobaco era tenido por el más denodado y valiente guerrero de las tropas del malogrado rey D. Favila.

Sus siete pies de estatura, así como sus músculos de hierro y su grave é imponente fisonomía, infundían miedo y repulsión á la vez, aun á sus mismos compañeros.

El venablo á pulso, la ballesta y el arcabuz lo manejaba tan distraamente, como certeramente machacaba cráneos á porrillo con su pesada y férrea maza de cincuenta y cinco libras.

Por temeridad, peleaba con el enemigo sin más armas que sus puños y ellos le bastaban para derribarlo al suelo y pisotearle el cráneo después.

Dudar de su fiereza equivalía á que Pero Nuño de Garcí-Sobaco se enfureciera y con la misma facilidad que cogía una pluma del suelo, lo hacía con el incrédulo.

Así es que ningún compañero de armas jamás osó, ni aun encubiertamente, dudar de las hazañas de Pero, no sólo porque se exponía á ser inhumanamente maltratado por el bravo, sino porque la mayoría de ellos habían sido testigos presenciales de su ferocidad y temeraria valentía.

Además, el rey D. Favila dióle mayor realce y preponderancia á la bravura de Pero: aquellas comisiones de carácter delicado, que interesaban grandemente á su reino y á su corona, las ponía confiadamente en manos del bravo guerrero, segurísimo de que nadie mejor que él las cumpliría.

Y el rey, en cuanto á este punto jamás se equivocó; porque bastaba que D. Favila dijese á su vasallo: «Este pliego quiero que llegue á tal parte y á tal hora», para que Pero lo cumpliera exactamente, aun cuando para ello fuese indispensable vadear el rio más caudaloso, descender ó subir la montaña más áspera ó penetrar en el mismo campo enemigo.

Pero Nuño, pues, era osado, valiente, temerario hasta la misma temeridad, con el empuje de un gigante, con el corazón de un león y bruto como él solo.

En cambio, Antolín Hernani, balletero del mismo rey D. Favila y compañero de armas de Pero, era un

cobardón de primera fuerza, más dado á la andrónima y á la chacota, que á requerir las armas.

Durante algún tiempo, el blanco de los punzantes epigramas de Hernani lo fué la valentía de Pero Nuño de Garcí-Sobaco; pero éste llegó á caer en la cuenta, y entre furioso y compadecido dejó caer su terrible puño en la cabeza del burlón, de cuyas resultas estuvo Hernani cuarenta días enfermo.

A pesar de tan dura lección, Antolín no perdió totalmente su habitual costumbre de tomar *el pelo* á su compañero, cada vez que la ocasión se mostraba propicia; pero á contar desde el día en que recibió aquel terrible puñetazo, sus burlas fueron menos y más embozadas.

Mas el sarcástico Antolín Hernani se reía después de un modo que á todas luces revelaba la burla que le retozaba en el cuerpo.

—Sin embargo de que eres todo lo que se llama un valiente—díjole una noche Antolín á Pero Nuño, que frente á frente se encontraron,—estoy segurísimo de que no penetrarías en la *Cueva de los Duendes*, gritando cuanto te dijese.

—¿Y por qué haces tal afirmación?—preguntó Pero irritado.

—Por la sencilla razón de que nadie ha salido de ella: lo que te prueba que nadie la ha penetrado ó los que lo han intentado han muerto.

—Bien; pues yo iré á la *Cueva de los Duendes* esta misma noche, si quieres.

—¿Sí?

—¡Sí!

—Entonces, luego es tarde; pero á condición de que has de decir cuanto te diga y en el lugar que yo te señale.

—Perfectamente. ¿Qué tengo que decir?

—Nada más que esto: ¡Sal... que te trago!

—Lo diré—contestó Pero con resolución.

—Nuño: ¿no te engaña el corazón?—preguntó Hernani á su compañero.

—En marcha—dijo por toda respuesta el interpelado.

—Está bien; quiero ser el primer testigo y el primero que pregone tu nueva hazaña. Pero Nuño: te acompaño.

Y ambos ballesteros, graves, pensativos, cabizbajos, pero decididos y perfectamente armados, emprendieron la marcha, en medio de una oscuridad verdaderamente espantosa.

El viaje fué penosísimo; la *Cueva de los Duendes* estaba situada en el corazón de una elevada y feraz montaña, y para llegar á ella tuvieron necesidad de ir buscando aquellos puntos accesibles y faldearla por diferentes partes, evitando de esta suerte no caer en un espantoso abismo.

—Gracias á Dios que llegamos—dijo Antolín Hernani, exhalando un profundo suspiro, frente á la enorme boca semicircular de la *Cueva de los Duendes*, cuyo aspecto terrorífico y negro fondo denunciaban la mansión del silencio y de la muerte.

—Penetremos—contestó Pero Nuño, armándose con su mortífera maza.

—Penetremos—repitió Antolín Hernani.

Y los intrépidos ballesteros emprendieron una marcha de doscientos pasos hacia el frente, no sin tomar

las mayores precauciones para no caer en sitio peligroso.

A derecha é izquierda, confusamente se dibujaban muchas bocas de otras tantas galerías que bifurcaban en el cuerpo principal de la cueva.

—Ha llegado el momento crítico de probar tu valor—dijo Hernani á Pero Nuño.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó el último.

—¿Ves aquella tercera galería?

—Verla, no; distinguirla, sí.

—Pues bien; en el final de ella es donde debes gritar: ¡Sal... que te trago!

Pero Nuño no contestó; con paso algo más apresurado que el de su entrada en la *Cueva de los Duendes*, avanzó hacia el sitio que su compañero le indicó.

A su vez, Antolín Hernani siguió á su compañero hasta la entrada de la galería en cuestión, dibujándose en su rostro una expresión marcadamente burlona.

Tras de mil tropezones, Pero Nuño llegó al final de la galería, con ánimo resuelto, sin temblar y sin emocionarse siquiera.

A ambos lados pudo distinguir que otras galerías tenían allí su entrada.

—Este debe ser el sitio—se dijo mentalmente.

Y blandiendo su terrible maza, sacando el pecho cuanto pudo, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

—¡¡¡Sal... que te trago!!!

Breves instantes después, el eco repercutió pálidamente ¡sal... que te trago! casi al mismo tiempo que un ruido humano, seco, fuerte, un tanto prolongado, como si en la *Cueva de los Duendes* hubieran rasgado muselina morena, se dejó oír, acompañado de una gran risotada y de una voz, que no era otra sino la de Antolín Hernani, que decía:

—¡Pues trágetelo, gran valiente!

Pero Nuño comprendió al vuelo la burla tan sangrienta de que había sido objeto, y se precipitó fuera de la galería con el propósito inquebrantable de machacar el cráneo á sugeto tan sucio; pero fué inútil.

Hornani había puesto piés en polvorosa.

Al día siguiente, de orden superior, fué preso Pero Nuño de Garcí Sobaco, en vista de no deponer su actitud en cortar las orejas al balletero Antolín Hernani.

El rey D. Favila, que tuvo conocimiento de todo lo ocurrido, mandó que ambos sugetos comparecieran á su presencia.

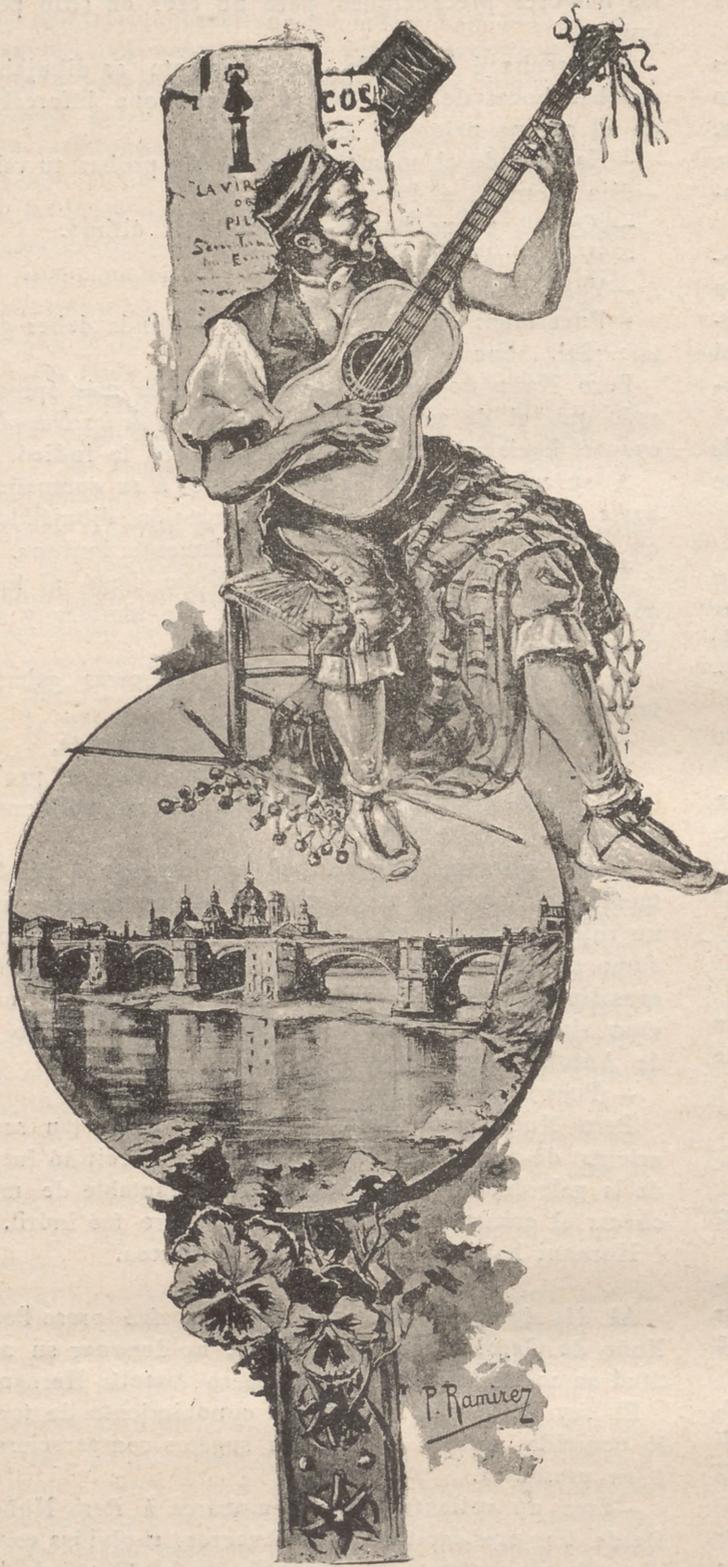
—Eres un valiente—dijo el monarca á Pero Nuño. Desde hoy eres capitán de arcabuceros, si olvidas completamente cuanto te ha ocurrido en la *Cueva de los Duendes*.

En cuanto á tí, Antolín Hernani, no te castigo como mereces, porque el ofendido te debe un nombramiento de capitán; pero te aconsejo no vuelvas á probar el valor de mis valientes de semejante manera, si no quieres verte sin orejas por mis propias manos.

Pero más tarde, en el seno de la confianza, solía decir el rey á sus más leales adictos:

—He perdonado á Antolín Hernani, porque ha tenido muchísima gracia.

JOSÉ TINEO REBOLLEDO.



CANTO DE JOTA

Cantemos la jota,
jota de la tierra,
cantar de la infancia,
himno de la guerra;
cantemos la jota,
jota de Aragón;
nobles y baturros,
¡oid la canción!
A la jota jota,
por ella vivimos,
con ella nacemos,
con ella morimos.

A la jota jota
que corra el cantar,
¡jota de la Santa
Virgen del Pilar!

—
Cantando la jota,
cruzaron la tierra
los aragoneses
pregonando guerra,
cantando la jota
llegamos á Oriente
y en Turquía fuimos
asombro á la gente.
Cantando la jota
la Italia domamos
y nuestras victorias
alegres cantamos;
cantando la jota
nuestra raza fué
señora del mundo,
sostén de la fé.

—
Al son de la jota
del muro en las brechas,
las águilas fuertes
cayeron deshechas.
Al son de la horrisona
tronante metralla
respondió cantando
la alegre rondalla.
Allí nuestros padres
cayeron á cientos
y oyendo su jota
morian contentos.
Y al ver alejarse
la odiada legión,
cantó alegres jotas
triunfante Aragón.

—
¡Oh jota. que meces
al niño en la cuna!
¡Ronda de amoríos
en noches de luna!
¡Canto del trabajo,
paz de los hogares,
canción de los verdes
patrios olivares!
Son de independencía,
bien de Zaragoza,
honestá alegría
de la gente moza,
tu eres vida y sangre
del alma región;
¡bien haya mil veces
tu mágico son!

—
Oyendo tus notas
juraron los Reyes,
juntáronse Cortes,
nacieron las leyes.
Tu eres de los Fueros
el canto bravío
y ahuyentas la peste
y encauzas el río.
Eres del que sufre
la plácida amiga
rasguea tus coplas
quien triste mendiga.
Reinas en las bodas
y mandas bailar;
¡te canta el marino
cruzando la mar!

Tu arrullas las horas
sin fin del obrero,
te canta en la reja
triste el prisionero.
Recuerda la patria
por tí el desterrado,
y canta sus penas
el enamorado.
Alegran tus ecos
las verdes campiñas,
segando los trigos
podando las viñas.
La ruda campaña
y el tiempo cruel
soporta el soldado
si tu vas con él.

—
Contigo por norte,
buscando fortuna,
van los estudiantes
corriendo la tuna.
Bandurrias y hierros
y alegres violines
contigo del mundo
doblan los confines;
tu vas paseando
por plazas y cal'es,
por mar y por tierra,
por montes y valles,
el nombre adorado
del grande Aragón,
¡eres de sus glorias
constante pregón!

—
Al son de la jota,
¡oh nobles paisanos!
unidas las almas
y juntas las manos,
¡juremos que siempre,
doquiera que estemos,
¡cual hoy lo partimos,
el pan partiremos!
Podrán las pasiones
quebrar nuestros lazos,
más si un día llega
que falta de brazos,
la pátria en peligro
nos manda llamar,
allá iremos todos
al son del cantar.

—
¡Y tú, Santa Imagen,
que por todos velas,
que al pobre cobijas
y al triste consuelas;
lábaro invencible,
regia Capitana,
luz del caminante,
sol de la mañana;
Tu eres nuestro escudo,
la región entera,
la madre de todos.
la patria bandera!
¡Guía nuestros pasos
con tu santa luz;
y cantemos todos;
la Patria eres Túl

EUSEBIO BLASCO

Madrid.

Dibujo de P. Ramirez.

EL RANA

TENÍA cincuenta años que parecían setenta; una levita que no lo parecía, del color de la vía pública, el gris que se coge en el arroyo como una pátina; barba rala, corrida, del color de la levita; tres ó cuatro dientes; una camisa, y muy arraigadas convicciones políticas, sociológicas y aun filosóficas y teológicas. Había aprendido á leer allá en Cuba, cuando la otra guerra, siendo voluntario en un batallón provincial; y ahora leía periódicos y más periódicos arrimado á los pilares en los porches del Ayuntamiento. Siempre leía de prestado, porque él su poco dinero lo gastaba en guardiente y en tabaco. Era peón de albañil, pero casi siempre dimisionario. No estaba conforme con la marcha del mundo. Cuando él era joven, la culpa de todos los males la tenía el *oro de la reacción*; ahora parecía ser que el enemigo era «el infame burgués». «Sea,» se había dicho el Rana; y, como antes del oscurantismo y de los *presupuestivoros*, ahora maldecía del burgues, del zángano de levita. Y eso que él, por invencible afición, siempre vestía de levita, verdad es que debida á la munificencia de algún aborrecido burgués. Era el borracho más popular de su pueblo, y todas las clases sociales le encontraban gracia al Rana, y veían en él, acaso, el último representante de una generación famosa de perdis populares, que eran, en cierto modo, orgullo de la ciudad por el ingenio de todos ellos, por los rasgos originales y muy cómicos de su excitada fantasía. El Rana, á pesar de sus ideas disolventes, de su *bala rasa* (alcohol puro) anarquista, no tenía un enemigo, ni siquiera entre el clero, que él despreciaba con serenidad olímpica. Sin embargo, sus lucubraciones teológicas más de una vez le hicieron dormir en la prevención, por la forma más que por el fondo. Cuando la prensa local encarecía la necesidad de perseguir la blasfemia, el Rana no se libraba de los rigores del terror blanco. Pero salía de prisiones sin abdicar uno solo de sus principios; y aquella misma noche volvía á presentarse tan borracho como el día anterior y tan encastillado en sus negaciones impías y en sus imprecaciones escandalosas.

Amigo de marchar con el siglo, había renunciado á ser republicano, ya que los jóvenes de la esquina del Ayuntamiento se reían de la política; y era anarquista, pero disidente, porque los de esta opinion le habían expulsado con toda solemnidad de su grey, con el frívolo pretexto de que empalmaba las borracheras y era el hazme reir de los burgueses, y admitía de estos propinas, prendas de vestir y otras humillaciones.

Pero el Rana, haciendo eses, y mirando al cielo, con quien se pasaba el día de coloquio, pues era su costumbre decírselo todo á las nubes, al *tal Dios*, desdeñando ponerse al habla con los míseros mortales, el Rana, digo, perdonaba á sus correligionarios porque no sabían lo que hacían, y les dedicaba sonrisas de desprecio en un todo iguales á las que le merecía el alto y bajo clero. Además de no estar conforme con el *credo* (así decía él) de su partido, en lo tocante á la bebida, también protestaba contra los alardes de cosmopolitismo, porque él era patriota ¡por vida de la Chindrainal y había expuesto la vida en cien combates

por la... *eso* de la patria: en fin. «¡Viva Cuba española!», gritaba El Rana, que en esta materia no admitía bromas ni novedades. Bueno que la república fuera un... mito, eso un mito... pero en la... *aquello*... de la patria que no le tocaran el Carlos Más (Marx), ni el Carlos Menos, ni Carlos Chapa... porque el Rana, allí donde se le veía... había sido voluntario del heróico batallón de la *Purísima* (alabada sea ella añadía el Rana, que solo estaba mal con el elemento masculino de la Sacra Familia; y eso de boca.

«Mil éramos, predicaba entusiasmado en medio de la plaza, mil éramos cuando íbamos por la carretera de Castilla arriba: ciento cuatro volvimos de Cuba... Los demás todos muertos... unos por uno, otros por otro... ¡todos muertos! ¡Viva la anarquía y el libertinaje! fuego y fuego en el burgués... pero el que me toque á .. pue^s á Cuba española, que se entienda con este cura, hablando mal, con el Rana, veterano distinguido del batallón provincial de la Purísima, alabada sea ella... Me... *caso* en el *tal del Tal*.»

Y si pasaba por allí un polizonte iba El Rana á la prevención por blasfemo.

Una mañana muy fría, de Diciembre, salió el Rana muy temprano del zaquizamí en que dormía, y previo el ordinario tocado de pasarse la mano por los ojos, se encaminó á la estación del ferro-carril del Norte, pisando la dura escarcha, soplándose los dedos y hablando entre dientes con las *podridas* nubes. La letra de lo que quería decir no era muy clara, pero la música era ésta: pestes contra el frío, contra el hambre, contra el infame burgués y contra la falta de patriotismo del alcalde, del gobernador y demás oscurantistas. digo burgueses.

El Rana había leído en un periódico local, el día anterior, que aquella mañana, en el primer tren, saldrían por el ferro-carril del Norte quince voluntarios que embarcarían en la Coruña con destino á Cuba. Una semana antes, la ciudad en masa había despedido entre gritos de entusiasmo patriótico á todo un batallón de infantería que de allí había salido para la guerra. Se había obsequiado á los soldados con cigarros, fiambres, vino, reparto de pesetas y grandes dosis de cariño fraternal, inspirado en el amor á la patria. Estaba bien. El Rana era el primero en aplaudir aquella manifestación. Pero ahora...

—¡Lo que yo temía!—exclamó al pisar el andén, donde le dejaron entrar á la cuarta ó quinta blasfemia.

—¡Lo que yo temía! ¡Ni un alma! ¡Muera el burgués! ¡Abajo lo existente!... ¡Ni un alma!... ¡Sean ustedes *Daoices* para esto!... ¡Claro!... Los pobretones son voluntarios; como yo, como el Rana, allá en mis buenos tiempos... son el *Queso*, *Pintella*, el *Marqués*, *Viruela*, *Viruso*, el *Troncho*... cuatro gatos, la hez, eso, la hez del pueblo soberano... Una limpia, ¿eh? ¡Dígalo usted, burgués infame!... ¡Una limpia!... ¡Dígalo usted claro.

Y el Rana, hablando y andando, se dirigió á la cantina solitaria, donde pidió una copa de aguardiente, al mismo tiempo que ponía sobre el mostrador unos cuantos perros chicos, pero sin separar de ellos la mano. Era aquel gesto una fórmula á que le obligaba su escaso crédito. Quería decir que tenía con qué pagar; no que pagaría de fijo.

SOBERANOS EUROPEOS



S. M. EL REY HUMBERTO I DE SABOYA

Como la cantinera le mirase con cierta sorna y no se diera mucha prisa á servirle, el Rana, con ceño digno de las Euménides, se encaró con la pobre muchacha y la abrumó bajo el peso de cien blasfemias é imprecaciones.

«¿De qué se dudaba allí? ¿De su buena fé de pagador ó de su amor á la... *eso* de la patria?»

¿Tenía él ó no tenía decoro? ¿Tenía ó no tenía razón? Ni el alcalde, ni una rata, venía á «despedir á los quince *Davices* que iban á morir por España, como el más currutaco general ó cadete...» Bebió dos ó tres copas; dejó sobre el mostrador algunas monedas, recogió otras, y siempre hablando con las nubes, se fué hacia el grupo de voluntarios, que también soplándose las manos daban diente con diente y patadas en el suelo, formando piña cerca del tren, preparado ya para la marcha.

—¡Eh, Rana, faltan cinco céntimos!...—le gritó no muy incomodada la cantinera.

El Rana se encogió de hombros, y con un ademán de pródigo, exclamó:

—Para tí; y llegó al grupo de voluntarios, donde no fué mal recibido. El *Queso* le estrechó la mano con éfusión, y dijo:

—¡Bien por el Rana! Vivan los patriotas de la *Purísima*.

—Alabada sea ella. Pero el obispo, ¿porqué no viene hoy á echar bendiciones? Y el alcalde, ¿para cuándo deja los *puros* y los vivos?...

¡Porque sois la hez, Queso! Esto es una limpia... Os barre el hambre, os echa á morir, á la alcantari-lla, á la manigua, la *necesidad*... Y, claro... los señoritos, los burgueses... no se levantan de la cama á la hora en que barren los barrenderos del Ayuntamiento...

La verdad era que en la estación no había ni *elemento oficial*, ni muchos curiosos ó patriotas. Casi

ninguno. Había, si, mujeres harapientas, niños pobres que lloraban ó reían, los pedazos del corazón cubiertos de andrajos, que dejaban en el pueblo aquellos muchachos que iban... no sabían á qué .. á morir probablemente... á padecer por la... *eso*, de la patria.

El Rana no se explicaba bien—porque blasfemar no es argüir;—pero él veía clara la cosa; lo que pasaba por el espíritu... de vino de aquel insigne borracho traducido de las nieblas alcohólicas de su conciencia al lenguaje usual, era esto:

«No valen más mil que quince. Aquellos chicos no tenían la culpa de ser tan pocos. No valía decir que el pueblo acababa de entusiasmarse pocos días antes. En estos casos no vale el cansancio. Aquel desaire á la *hez* de la población, que iban de su propio querer á morir por España, era una ingratitude, una crueldad. El voluntario no es menos que el soldado que *sirve al rey* porque le toca. *Allá* son iguales; pero en el *arrancar* tiene el voluntario más mérito. Y no valía pensar que el *Queso*, el *Marqués*, *Viruela*, iban echa-

ESCULTORES ESPAÑOLES



D. AGUSTIN QUEROL

Notable escultor y autor del proyecto de monumento en honor de «Legazpi y Urdaneta.»

dos por la miseria, por no luchar con el hambre, por dar pan á su madre, ó á su mujer ó á sus hijos...

No; algo había él visto... pero sin lo *otro*, sin lo de... *aquello* de la patria, no irían. ¿Por qué no iban á otra parte donde había *guita*, pero había peligro, mala vida? ¿Por qué á ninguno se le ocurría ir á cambiar la miseria de su *tierra* por el pan seguro de otras aventuras lejanas, por mar ó por tierra? En fin, que, por dentro, al *Queso* le pasaba lo que á él, al Rana, le había pasado en su tiempo. ¿Qué era España? ¿Qué era la patria? No lo sabía. Música... El himno de Riego, la tropa que pasa. un discurso que se entendió

á medias, girones de frases patrióticas en los periódicos... Pelayo... El Cid... La francesada... El Dos de Mayo... El Rana, como otros camaradas, confundía los tiempos; no sabía si lo de Pelayo y lo de Covadonga había sido poco antes que lo de Daoiz ó por el mismo tiempo... Pero en fin, ello era que... ¡viva España! y lo que sale de dentro sale de dentro... y, en fin, que en un arranque de .. no sabía qué, pero contento; muy *ancho*, se había alistado... y allá había ido, mezclado con mucha gente honrada, siendo tanto como ellos, en cuanto era voluntario; y se había batido bien, y había perdonado, allá, en la guerra, á los espa-

ños de acá, á los *reaccionarios* (hoy burgueses) que habían ido á despedir el batallón de la *Purísima* por la carretera de Castilla arriba, y que iban diciendo, mientras acompañaban á los voluntarios:

—«Y además, ¡qué limpia! El batallón se lleva al Rana, se lleva á *Saltamontes*, se lleva á *Tarucos*... se lleva... Sí, se los llevaba; ya no quedaban *perdis* en el puebló apenas; y los más se habían ido y no habían vuelto... ¡Qué limpia! Entre muchos pobres muy juiciosos, sin tacha, la picardia de la ciudad, era cierto; borrachos, jugadores, blasfemos, el escándalo de las plazuelas.. Pero allí todos iguales, todos voluntarios! Y el Rana y *Tarucos* no iban sólo por el rancho y á la que saltara; no, señor... iban por una corazonada, por el himno de Riego, por lo de los moros y los mam-bises... y Pelayo y los franceses... y, en fin... como los otros... ¡Rayo en el burgués! ¿Qué limpia, eh? ¡Oh! ¡Pues si vierais morir en la manigua á los de las *barreduras!*...»

★
★★

Sonó el pito del jefe. Se cerraron portezuelas, hubo abrazos, besos, lágrimas, carcajadas nerviosas, gritos locos. De repente, silencio triste. En aquel silencio sonó de repente la voz del Rana que peroraba, sin que ya nadie le hiciera caso.

—A ver, ¿dónde está el pueblo? ¿Dónde está el burgués, dónde está el obispo? ¿Y esas pesetas, señores de la Diputación? ¿Y esos cigarros, señor alcalde?

Y entusiasmado con su propia arenga, el Rana, al arrancar el tren, tuvo una inspiración generosa.

Sacó del bolsillo interior de la levita de color de carretera una cajetilla de las más baratas, aun no mediada, y con gesto de soberana arrogancia, comenzó á arrojar pitillos á las ventanas de los coches que ya se movían...

—Toma, *Queso*; toma, *Viruela*... toma tú, *Troncho*... ¡Viva Cuba española!

—¡Viva el Rana! gritaron los voluntarios que ya se alejaban...! ¡Viva la integridad de la patria!

—¡Eso! ¡eso!—gritó nuestro hombre.—¡Viva la *ingratitude* de la patria! Me *caso* en el *tal* del *Tal*... y blasfemó horriblemente, hasta que un guardia municipal le puso una mano en el hombro, diciendo:

—Calla, Rana, si no quieres dormir el martes donde duermes el domingo...

El Rana miró de hito en hito, con gran desprecio. al guardia, y, sin blasfemar exclamó:

—Oye, tú; dile al alcalde... que es un... *trásfuga*... y que ¡viva Cuba española!

CLARÍN.

VISTA DE ANTIFOLO



(INSTANTÁNEA DE J. REYES.)

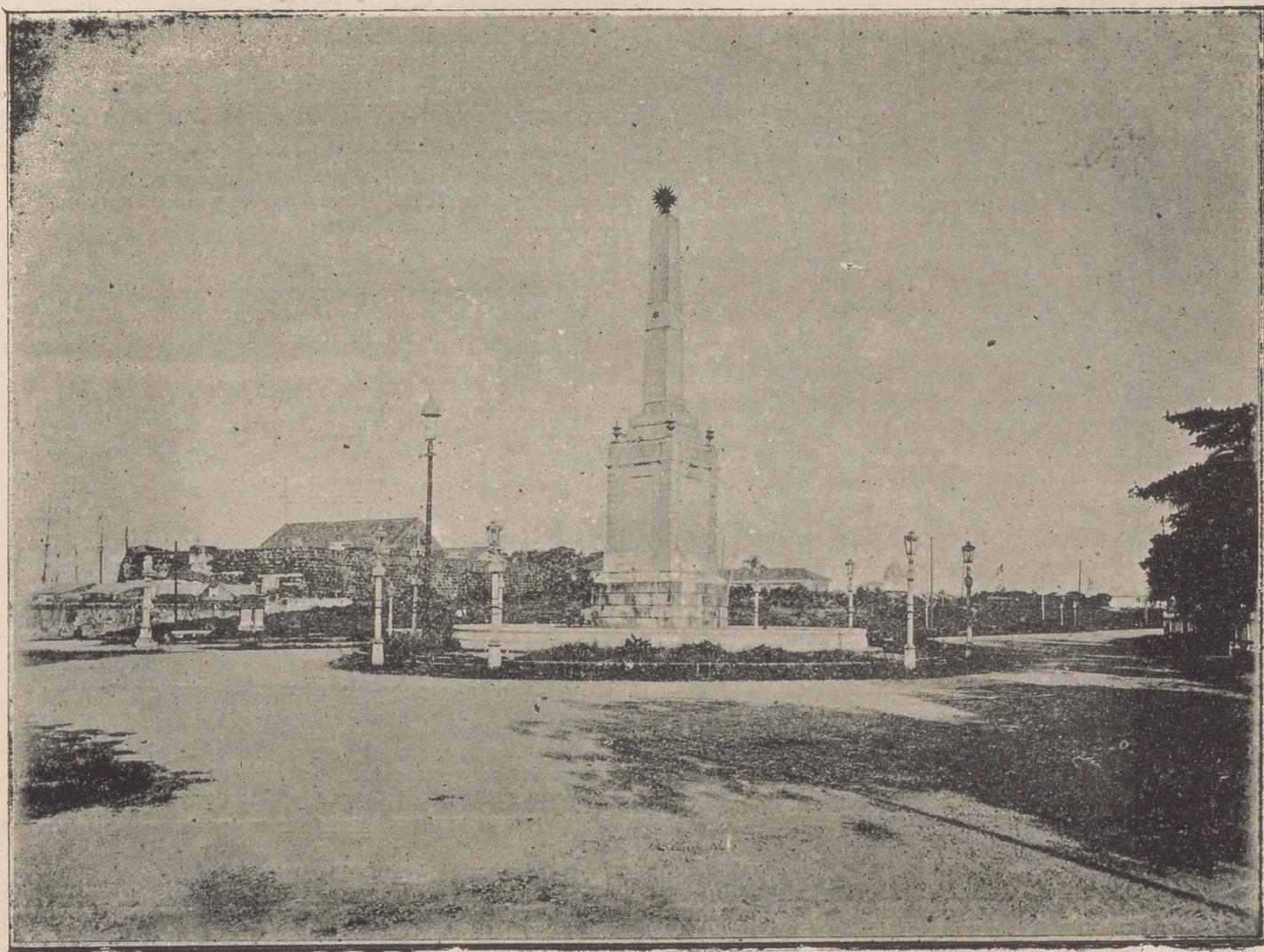
FRUSLERIAS

—Yo he visto dibujada la figura
de una mujer hermosa, fiel y casta,
—¿Pero hay mujeres fieles en el mundo?
—¡Yo digo que la he visto dibujada!

Entró en un baile la vergüenza un día,
más con tan mala estrella,
que aunque á bailar con todos se ofrecía...
¡nadie bailó con ella!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

MANILA



EL MONUMENTO DE D. SIMON ANDA

AYER Y HOY

I

(1690)

Se levanta á las siete y á rezar,
pensando en una dama que vió ayer,
mientras libra el bigote del poder
del ambar en que le hizo aprisionar.

Tres horas algo largas de contar
gasta en dar á su rostro rosicler,
y otras dos, por lo menos, en poner
sus piernas en las calzas de adovar.

Después de esta tarea, sale al fin
y recorre en un pòtro corredor
la corte de un confin á otro confin.

Mas ¿á qué tanto afan? Cuando en rigor
lo que logra tan lindo querubín
es morirse de tedio á lo mejor.

II

(1890)

Hcy no reza y despiértase á las tres,
se hace rizar la barba *com' il faut*
y se lanza á la calle en un *landeau*
que ostenta una corona de marqués.

Va al Veloz á apuntar algun entrés,
ama lo que cualquiera desechó,
y debe de la leche que lactó
hasta el *breck* en que va al *stepleen chaise*.

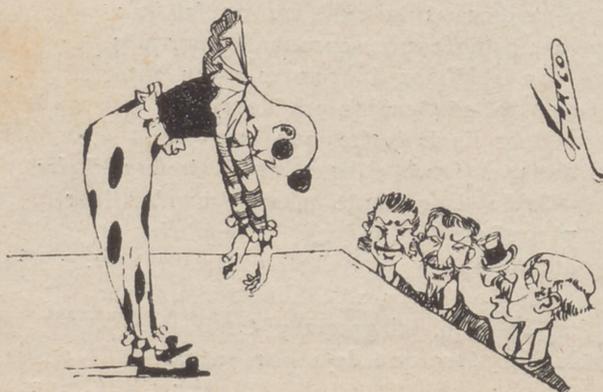
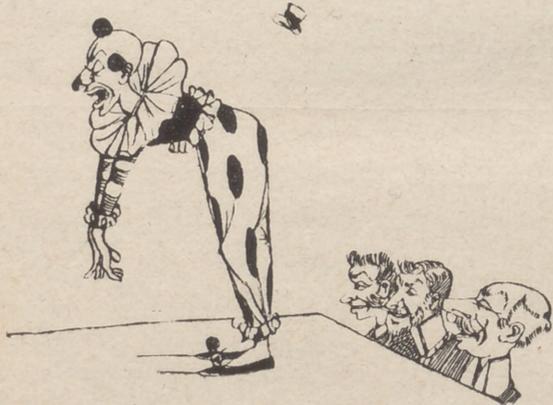
Suele á un choto mamón banderillear
y prefiere la Prado á la Sembrick
diciendo que ama el arte hasta rabiar.

Mas muere y sólo aciertan á llorar
tal ingenio, tal gracia y tanto *chic*
los ingleses que deja por pagar.

ANGEL R. CHAVES.

PAYASADO

POR VEASCO



PASATIEMPOS

Un caballero se incomoda con su criado y le dice:
—¡Esto es intolerable! O tú estás loco ó lo estoy yo.
—¡Ah, señorito!—contesta el interpelado,—no le creo á usted capaz de dejarse servir por un criado demente.

Preguntaron á un pobre segador, cuando regresó á su tierra, qué le habia parecido la corte.
—Non pude verla, porque las casas son muy altas.

Olvidó Arturo á Luisa,
Hermosa joven que en los veinte frisa,
Y ella, ardiendo en despecho
(¡Nunca lo hubiera hecho!),
Se unió á un viejo carcoma
Que de cada paliza la desloma.
*Por despecho ó por cálculo malvado,
nunca sin vocación tomes estado.*

CARLOS CANO.

Jugaban dos al dominó en un café; y uno de ellos, caballero de industria, se señaló 55 puntos en vez de los 45 que le correspondían.

Advirtióselo el compañero y el tuno se disculpó diciendo:

—Disimule V., me habia engañado.

—No tal, repuso el otro; el engañado no era V.

Un sujeto vió á un campesino cogiendo setas.

—Pero, amigo, le dijo, ¿no tiene usted miedo de coger algunas venenosas?

—No me las he de comer yo; son para venderlas.

LÓGICA ASNAL

Con los costales siempre sobre el lomo,
lo mismo en el invierno que en verano,
sudo, por mi desdicha, lo que gano,
y gano, por mi suerte, lo que como.

Aunque me juzgan romo, no soy romo;
ni tiro coces, ni me irrito en vano;
y algunas veces hasta el ser humano
envidia de mis actos el aplomo.

Recibo malos tratos sin motivo;
mas no crean ustedes que me aburro
por esos malos tratos que recibo;
pues no siendo un atún cuando discorro,
todo cuanto me pasa lo concibo
y hasta me alegro de ello... ¡por ser burro!

ABRAHAM LIMORTI.

En la Audiencia:

El fiscal.—Se le acusa á usted de haberse apropiado la parte de herencia que correspondía á su hermano.

—Pero... mi hermano estaba en el Japón.

—¿Y eso que tiene que ver!

—Creí que podia considerarlo como un pariente lejano.

En un baile:

—Oye, Matilde; ese caballero que está junto á la columna desea serte presentado.

—No le conozco.

—Se trata de un hombre de ciencia, de un físico distinguido.

—¿Un físico distinguido? No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque es el hombre más feo que he visto en mi vida.



EL "PAS DE QUATRE"

por V. Tur.



CANTARES

Sueño ó vele, no hay respiro
Para mi ardiente deseo,
Pues sueño cuando te miro,
Y cuando sueño te veo.

Menor el tormento fuera
De esta duda en que me muero,
Si, cual sé lo que no quiero,
Lo que yo quiero supiera.

¡Que no me conoce, ayer
Juró por no sé qué santo!
¿Cómo me ha de conocer
Si yo la conozco tanto?...

Una señorita, que toca el violín, y es hija de un compositor de música, da un concierto.
—Ha observado usted—dice uno de los concurrentes á su vecino—que no toca más que música de su padre?
—Es para hacer propaganda.
—¡Comprendo!... pro papá ganda.

DOLORA

Después de días de tormentos llenos,
te ví en misa rezar con santa calma,
y dije para mí:—Del mal, el menos;
da el cuerpo al diablo, pero á Dios el alma.

CAMPOAMOR,

Un abogado á su cliente:
—¿Ha presentado usted el pagaré á su deudor?
—Sí.
—¿Y qué le ha contestado?
—Que me fuera al diablo.
—¿Y usted que ha hecho?
—Venir á verle á usted inmediatamente.

CHARADAS

Primera segunda da á tu capricho es, lector, una variedad de berza ó en la antigüedad cañon; una cosa fea es y penada cuarta dos; y tercera todos saben que es una preposición. En el todo encontrarás si eres buen descifrador un soldado y apellido, con que lo dicho y ¡adiós!

El tercera con primera usa mucho el zapatero, tienen primera tercera el reino animal entero y el todo es muy necesario para el que está siempre enfermo.

En la prima encontrarás una vocal;
uniendo la cuatro y tres animal ves;
en las obras mucho abunda mi segunda;
la tres con cuatro aseguran que es figura;
y es el todo hermosa flor que cautiva por su olor,

**

PAJARITA NUMERICA

1 2 3 7 2 8 9	Nombre de varón.
1 2 3 7 8 9	Carrera.
1 2 3 7 2	Nombre de mujer.
6 7 1 2	Fruta.
1 2 4 5 9	Cabecilla cubano.
4 2 3 9 6 2	Nombre de mujer.
4 5 4 7 6 7 2	Idem.
6 7 1 9 8 5 3 9	Arbol.
1 2 3 4 5 6 7 8 9	Nombre de varón.
4 2 3 8 7 4 5 3 9	Profesión.
8 7 4 2 8 9 3 2	Nombre de mujer.
5 7 4 2 5 6 2	Idem.

**

SOLUCIONES

A los pasatiempos del núm. 20.

A LA CHARADA: Toro.

AL TRIANGULO:

E S C A L A
S A E T A
C E R O
A T O
L A
A

COCINA

Potaje de guisantes.—Se echan en la olla cuando está hirviendo con unos cogollos de lechuga y acederas, poniéndolas el guiso que á los demás potajes; y si fuesen secos los guisantes, se guisan lo mismo que los garbanzos.

NOTA —EL DIARIO DE MANILA publicará las vistas, tipos, costumbres y paisajes que se le remitan y que sean dignos de ello, á juicio de la dirección artística. No se devuelven los originales de las fotografías y dibujos publicados.

NUEVOS MODELOS 1896

DE LA PERFUMERIA-ORIZA

L. LEGRAND
PARIS — 11, place de la Madeleine, 11 — PARIS



ORIZA-OIL No 100 ter
Aceite Superior.

ORIZA-POWDER No 290
Polvos de Flores de arroz de la Carolina.

ESS-ORIZA No 162
Perfumes concentrados.

Mándase franqueado á quien lo pida el Catalogo ilustrado.

Ninguna **ANEMIA**
resiste a la

HEMOGLOBINA
de V. DESCHIENS

VINO * ELIXIR * JARABE * GRAGEAS
y HEMOGLOBINA GRANULADA

LOS NUMEROSOS MEDICOS QUE EMPLEAN la

SOLUCION PAUTAUBERGE
al CLORHIDRO-FOSFATO de CAL CREOSOTADO
la consideran como el remedio más seguro y eficaz contra las

ENFERMEDADES DEL PECHO
TISIS, BRONQUITIS CRÓNICAS, TOSAS ANTIGUAS y PERTINACES, DENGUE
Las Cápsulas Pautauberge se emplean en los mismos casos y convienen á las personas que
no quieren tomar la creosota bajo la forma de solución.

En casa de L. PAUTAUBERGE, 22, rue Jules César, París, y las principales bo. ic. 15.

FOTOGRAFADOS
DE
RAMIREZ Y C. A.

Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16,600 francos

Siete Medallas de ORO

EL MISMO **FERRUGINOSO** | Gherosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. | EL MISMO **FOSFATADO**
Linfatismo, Escrofula, Infartos de los Ganglios, etc.,
Paris. 22 de la. 18. 187. Drosot. y Farmacia.